

Utopismo como *In-der-Welt-sein*

Ya hace tiempo que el utopismo quedó proscrito de los sueños de cambio. En realidad, fueron los sueños mismos los que quedaron proscritos. Prohibido soñar. Ese lema resume el sentido común de nuestra era. Soñar es peligroso. “El sueño de la razón produce monstruos”, se repite facciosamente a Goya –tergiversándolo—¹ mientras se hacen recuentos de las ilusiones perdidas, de las promesas traicionadas, de los horrores a los que conducen los intentos de transformación radical (las revoluciones sangrientas) y el totalitarismo... La realidad desnuda de pretensiones oníricas, sin embargo, no es menos horrorosa que aquellos fracasos: la destrucción ecológica, la pobreza y desigualdad incrementadas en todas las naciones (incluyendo las más ricas), la precarización laboral, el desempleo masivo, la migración forzada, el individualismo extremo, el consumismo, los gobiernos autoritarios y represivos de ultraderecha, la idiotización mediática y digital, el crimen organizado, el genocidio, los riesgos de una tercera guerra mundial y una conflagración nuclear... No es necesario desgarrar mucho el velo del sistema: basta con abrir un poco los ojos para descubrir sus fallas generalizadas, su rostro pervertido y violento.

En su momento, los sueños utópicos esbozaron la posibilidad de una realidad que había superado los lastres de su concreción efectiva. El utopismo moderno no negaba las posibilidades abiertas por la ruptura del viejo orden y los efectos de la vertiginosa dinámica civilizatoria que había generado, sino que cuestionaba la manera en la que éstas se hacían patentes en una sociedad que, lejos de multiplicar “los panes y los peces”, había multiplicado las penurias y redoblado las injusticias sociales. Había que pensar otro mundo. Había que mostrarle al presente que, en su interior, anidaba una riqueza de la que no era del todo consciente, pero que se podía extraer de su misma constitución objetiva. Había que crear la imagen de un mundo perfeccionado que, sin embargo, partía de las mismas premisas de la sociedad a la que se cuestionaba. Para Bolívar Echeverría,

El utopismo occidental, en el sentido último de la palabra, consiste en una determinada manera de estar en el mundo en que vivimos; de vivirlo como un mundo que normal o efectivamente es imperfecto, incompleto, «inauténtico», pero que tiene en sí mismo, coexistente con él, una versión suya, perfecta, acabada o «auténtica» (...). Ese mundo perfecto que está allí como posibilidad del mundo actual, y que es coextensivo a él, constituye el fundamento de una crítica espontánea de lo establecido; es en cierta medida una especie de exigencia objetiva, que le pide transformarse radicalmente o quitarse del lugar de lo realmente existente para ponerse él allí.²

¹ Entre *Los caprichos* de Goya –su famosa serie de ochenta grabados satíricos de fines del siglo XVIII– hay una estampa en aguafuerte y aguatinta, la nro. 43, hoy en el Museo del Prado, donde se aprecia a un hombre sentado ante un escritorio con pluma y papeles, que dormita inclinado sobre el tablero con la cabeza acurrucada entre sus brazos. Un enjambre de alimañas (muchos murciélagos y búhos, pero también dos gatos) pululan a su alrededor. En un costado del escritorio, se lee la célebre frase “El sueño de la razón produce monstruos”. Merced a varios manuscritos contemporáneos del autor, sabemos que el término polisémico “sueño” debe ser interpretado como acto de dormir, no como actividad onírica o ilusión. Por ende, “sueño de la razón” no significa en este caso *imaginación de la razón*, como tantos anti-ilustrados han querido creer desde entonces, sino, muy por el contrario, *suspensión de la razón*. Para Goya, lo monstruoso no surge de la racionalidad utópica sino de la racionalidad ausente, es decir, de la irracionalidad. Puede verse una copia del grabado de Goya en una de las páginas anteriores.

² Bolívar Echeverría, *Valor de uso y utopía*, México, Siglo XXI, 1998, pp. 130-131.

A lo utópico se le critica su falta de sentido común, su ilusión desbordada de optimismo, su poco apego a la realidad, su intento de sujetar la variedad de la existencia a arbitrarios proyectos personales. Lo cierto es que, desde sus primeras formulaciones, las utopías esbozadas conversaban con las posibilidades de la técnica y ciencia modernas aplicadas al planeamiento social con criterios de bienestar colectivo y no de interés particular. Así, Tomás Moro incorporó a su ficción los conocimientos geográficos y arquitectónicos de su época para concebir la mejor forma de organizar la isla de *Utopía* (una isla artificial separada por medios técnicos del istmo que la unía al continente) y Francis Bacon imaginó la *Nueva Atlántida* como un sistema de planificación integral basado en el desarrollo de la ciencia, las invenciones y el método inductivo desarrollado por él mismo. Por su parte, el sano sentido de Charles Fourier –como lo calificó Walter Benjamin– imaginó una cornucopia de beneficios para la humanidad basados en “el trabajo social bien ordenado”, que, “lejos de explotar a la naturaleza, es capaz de ayudarle a parir las creaciones que dormitan como posibles en su seno”³.

* * *

¡Nuestro Corsario Rojo se ha ido –literalmente– al carajo! Y no es que alguien lo haya mandado allí. Ya se sabe que nuestro pirata rebelde no tiene el talante de alguien que se deje mandar. La decisión la ha tomado solo, luego de reflexionar sobre lo que no lograba otear del todo con su ojo bueno desde la cubierta del navío, cuando su grumete italiano gritó desde la cofa “*Terra in vista!*”.

¿Es o no es una isla? Duda el capitán de atuendos colorados en el carajo, mientras el crujir de viejas maderas acompasa sus cavilaciones. Parpadea. Se restriega los ojos. Aguza la mirada. Frunce el ceño. Con escepticismo se pregunta: ¿no será acaso otra *fata Morgana*, como cuentan en sus leyendas atávicas los marineros y pescadores del sur de Italia, los supersticiosos *marinara* y *piscatura* de Calabria o Sicilia?⁴ En el

³ W. Benjamin, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, México, Contrahistorias, 2005, tesis XI, p. 25. Trad. de Bolívar Echeverría.

⁴ Creían que el hada Morgana, la maléfica hermana hechicera del Rey Arturo, inducía visiones de castillos fabulosos sobre el agua o la tierra para fascinar a los navegantes y atraerlos a la muerte. Esto explica al respecto una investigadora italiana: “Como estudiosa de las ‘cosas calabresas’, me ha parecido oportuno hablar también del mito de la *Fata Morgana*, ya que he sido testigo de primera mano de este fenómeno que se produce en el estrecho de Mesina. Cuenta la leyenda que, en los días de cielo despejado, el hada Morgana se asoma desde las aguas del estrecho de Mesina y hace rebotar tres piedras sobre la extensión azul, haciendo aparecer figuras de palacios y bosques. ¡Efectivamente, durante este fenómeno parece que se puede tocar con un dedo la costa siciliana! La leyenda nos cuenta que, después de llevar a su hermano Arturo a los pies del Etna, Morgana se trasladó a Sicilia, entre el Etna y el estrecho de Mesina, donde los marineros no se acercaban debido a las fuertes tormentas, y se construyó un palacio de cristal. Un día de septiembre, Roger el Normando [Rogelio I de Altavilla o Hauteville, 1031-1101] caminaba solo por una playa de Calabria, observando las costas sicilianas con la intención de apoderarse de la isla. Sicilia estaba entonces ocupada por los sarracenos, que la habían convertido en una tierra rica y próspera. De repente, apareció una mujer maravillosamente bella. Era el hada Morgana, que con un gesto le ofreció a Roger la espléndida Sicilia, que de repente se encontraba a dos pasos de él. Mirando al agua, veía con claridad, como si pudiera tocarlos con las manos, las montañas de la isla, las playas, los campos y el puerto de Mesina. La espléndida mujer le dijo: ‘Veo que miras esa maravillosa isla y admiras sus extensiones de naranjos y olivos, sus suaves laderas y su mágico volcán. Puedo regalártela si la quieres’. Roger, entusiasmado, saltó del caballo y se lanzó al agua, seguro de poder llegar a nado a la isla, pero el hechizo se rompió y el soberano se ahogó. [La leyenda es ucrónica en su desenlace trágico: el Roger verídico del Medioevo, quien tanto ambicionaba Sicilia, logró conquistarla para la casa de Hauteville entre 1061 y 1091, y se convirtió en conde de la isla en 1062, como vasallo de su hermano mayor Roberto Guiscardo, duque de Calabria y Apulia. El hijo del conde, Roger II, se coronaría primer rey de Sicilia en 1130.]

Aquella visión era un espejismo, fruto de un hechizo de Morgana. El hada Morgana no es más que un fenómeno óptico que se admira a menudo en el estrecho de Mesina y en la isla de Favignana debido a condiciones atmosféricas particulares. Mirando desde Mesina hacia Calabria, se ve como suspendida en el aire la imagen de Mesina y, a la inversa, mirando desde Reggio Calabria hacia Punta del Faro, se ve Reggio en el estrecho. En realidad, se trata de un fenómeno de refracción de la luz debido al aire enrarecido (fenómeno que se produce sobre todo a primera hora de la mañana), por lo que las gotas de agua actúan como una lupa. Se llama fenómeno *Fata Morgana*. Las capas más densas del aire se encuentran cerca de la superficie fría del agua y reflejan los rayos procedentes de las capas superiores, menos densas, de la atmósfera. Como consecuencia de ello, el objeto aparece distorsionado, a veces ampliado y suspendido en el aire, y el resultado es este fenómeno particular que tienen en común el estrecho de Mesina y los Grandes Lagos de Estados Unidos. El fenómeno es especialmente visible en Reggio en agosto y septiembre.” Maria Lombardo, “La leggenda di Fata Morgana nello stretto di Messina”, en *Asfalantea*, 28 de junio de 2024. La traducción del italiano es nuestra. Disponible en <https://asfalantea.it/storia/la-leggenda-di-fata-morgana-nello-stretto-di-messina/28/06/2024/?v=7abb51de820b>.

historial náutico del Corsario Rojo se registra, antaño, una ilusión óptica de ese tipo –nuestro capitán es un ilustrado incrédulo– en el estrecho de Mesina, allí donde Calabria y Sicilia se miran sin tocarse para que el mar Jónico y el Tirreno puedan abrazarse. Persiguiéndola, casi pierde la vida –como Ulises en la Odisea– entre las fauces de Escila y Caribdis. Su experiencia de viejo filibustero lo pone en alerta. Sospecha de un espejismo. Y de repente, como inspirado por el espesor de la bruma salobre, hace memoria.

Entonces, decide bajar de su atalaya a consultar un viejo volumen en latín escrito por un humanista inglés del Renacimiento que se hacía llamar Thomas Morus, impreso en Flandes, allá por 1516, con magníficas ilustraciones de un tal Ambrosius Holbein, cuyo título reza: *Libellus vere aureus, nec minus salutaris quam festivus, de optimo reipublicae statu, deque nova insula Vtopia*.⁵ Luego revisa sus cartas náuticas, como también el mapamundi invertido, y vuelve al libro. Esa elevada prominencia que avista en el horizonte no puede ser otra cosa que las altas murallas y las torres de Amaurota, construida sobre la falda de un monte. ¡La fabulosa isla Utopía de Rafael Hitlodeo y Tomás Moro!

Trepa de nuevo al palo mayor y se calza otra vez el catalejo en el ojo bueno, y lo que divisa ahora es una barca que se acerca por la proa a babor. Desciende presto por la jarcia y espera que llegue con un gesto que irradia hospitalidad, junto a sus compañeros. El viento del sur les regala un tufo a puerto viejo y redes sin lavar. Se trata de pescadores que, luego de intentar inútilmente presentarse en una lengua desconocida, les obsequian un gran atún en señal de bienvenida. Al Corsario Rojo le basta con escuchar la palabra “Anhidro” para entender que intentan explicarle que vienen del río homónimo. Recuerda que, a orillas del Anhidro, aguas arriba, se yergue el puerto de Amaurota, capital de la legendaria república insular. El Anhidro es navegable y desemboca en el océano. Los pescadores utópicos lo descenden y remontan todo el año para ir y venir del mar.

Tras despedir a los visitantes y embargado por una gran emoción, el Corsario Rojo anuncia sus descubrimientos a la cofradía libertaria del navío, que en asamblea decide –luego de haber almorzado y recuperado energías– poner proa hacia la isla Utopía, a la que nunca habían sentido tan cercana, por más que siempre la imaginaron en algún lugar del ponto infinito, allende el deseo, pero más acá de lo imposible.

* * *

Lejos de ser fantasías personalísimas elucubradas por filósofos excéntricos, las proyecciones utópicas fueron elaboradas para imaginar un posible empleo de la ciencia y los desarrollos modernos a favor del bienestar común. Evidentemente, la imaginación individual no puede sustituir nunca a la sabiduría del trabajo colectivo desplegado históricamente, pero contribuye a figurar caminos que no están presentes en el sentido común dominante. El tan citado paso del “socialismo utópico” al “socialismo científico”, reseñado por Engels en su opúsculo, no consistió ni en la negación de la capacidad imaginativa de los autores socialistas, ni en el rechazo a su planeaciones proyectivas ni, mucho menos, en su “desapego de la realidad” (recordemos que Owen fue un empresario exitoso que llevó a la práctica sus ideas y Saint-Simon hizo un estudio pormenorizado de la sociedad industrial que el propio Marx elogió), sino en la falta de una comprensión más nítida de la legalidad del sistema capitalista y, por consecuencia, de las posibilidades de su transformación radical. En un sentido dialéctico, el llamado “socialismo científico”⁶ no es la negación del “socialismo utópico”, sino su posibilitación práctico-histórica.

⁵ La traducción vendría a ser “Librito verdaderamente dorado, no menos beneficioso que entretenido, sobre el mejor estado de una república y sobre la nueva isla de Utopía”.

⁶ Por *socialismo científico* aquí se entiende, meramente, un socialismo que se vale de las ciencias como medios o métodos para conocer y transformar la realidad, no un socialismo «amoral» que asume sus fines como verdades absolutas objetivamente válidas, científicamente demostrables, más allá de toda especulación ética o axiología subjetiva. De ahí que la expresión aparezca entrecomillada en nuestro editorial. Las comillas indican cita textual, pero también distancia crítica respecto a la vieja vulgata marxista-leninista, que llegó a su paroxismo científicista con el estalinismo.

Por el contrario, el empleo acrítico de la técnica y los inventos modernos, la aceptación panglossiana de la política, la economía, la cultura y la moralidad dominantes, es la justificación de la barbarie capitalista en toda su extensión. La traición de la socialdemocracia alemana y del estalinismo consistió, en parte, precisamente en el abandono de la concepción utópica y crítica de la técnica, una concepción que hizo posible vislumbrar sendas alternativas de su desarrollo y utilización más allá de la lógica optimista e ingenua del «prometeísmo» ilustrado moderno, para el cual todo aquello que se opusiera al avance teleológico indetenible del progreso económico debía ser barrido por las fuerzas de la historia. Lejos de lo que se llega a plantear en el sentido común de la época, el «espíritu» que guio al estalinismo no fue, en ningún momento, un espíritu utópico, sino de un desgarrador posibilismo extractivista-industrialista que rivalizaba en espejo con el capitalismo. La eliminación violenta de toda la vieja guardia bolchevique, que en su tiempo fomentó la aparición de movimientos utópicos de vanguardia en los orígenes de la Unión Soviética, es el símbolo más cruel de la imposición del “realismo socialista-nacional”, para el cual la visión de futuro se reducía al estatismo, al desarrollo lineal de tecnología, los planes quinquenales y la eficiencia estajanovista.

La utopía es parte esencial del proyecto comunista moderno, de su versión científica y dialéctica, no tanto porque ayude a elaborar la «poesía del mañana», sino porque es capaz de concebir, en la cruda realidad contemporánea, las ilusiones de un presente sacrificado al más cruel *statu quo* de la explotación. Es un presente que aún sueña con ser liberado.

* * *

Mucho ron corrió de mano en mano entre los tripulantes bucaneros para celebrar la buena nueva: el octavo viaje –uno más que los siete de Simbad el Marino– no había sido en vano. Jonás, el cocinero del Corsario Rojo, al cortar el pescado para el festín pantagruélico –un gigantesco y succulento *tonno rosso*, apenas más chico que la ballena bíblica que había engullido y expulsado a su ancestro epónimo– encontró en su estómago una pequeña botella con un manuscrito, cuyo contenido queremos compartir con ustedes.

Le hemos añadido, amén de una estupenda ilustración a color que le encargamos al maestro Andrés Casciani para portada e interior, uno de los dibujos que Holbein realizó en grabado, con su precisión germana, para la primera edición del libro de Moro. En ellos se aprecia a nuestro capitán Corsario Rojo subido a la cofa del palo mayor, escudriñando lontananza con su catalejo; y la *nova insula Utopia* en todo su esplendor, la capital Amaurota y otras urbes, el río Anhidro y el barco a bordo del cual llegó hasta allí el navegante Hitlodeo, hace más de quinientos años.

Muchos años, sí. Muchas derrotas también. Pero todavía seguimos navegando y soñando. En nuestros corazones marineros no ha dejado de palpar la esperanza de la utopía, el anhelo de un futuro comunista, que no es ninguna *fata Morgana*, pues no está más allá de lo que nuestra racionalidad –con crítica y estrategia– puede proyectar, ni de lo que nuestra voluntad –con unión y organización– puede realizar.

Esa utopía, ese futuro, aunque en las antípodas del capitalismo actual, no constituyen ninguna fábula o entelequia de carácter atemporal. No son una mitología acerca de una Edad de Oro perdida antes de la vida o de la historia, ni una escatología sobre un Reino de los Cielos esperando después de la muerte o del apocalipsis. Esa utopía, ese futuro, no están gnoseológica ni ontológicamente escindidos del mundo que habitamos, del presente que atravesamos.⁷

⁷ Véase Alberto Savinio, “Acerca de la utopía: humanismo y modernidad”, en *Kalewche*, 26 de marzo de 2023, disponible en <https://kalewche.com/acerca-de-la-utopia-humanismo-y-modernidad>.

No se trata de un utopismo de quimeras, de un utopismo como evasión nostálgica o salvífica, sino de un utopismo con los pies sobre la tierra y la razón de cara al sol. Utopismo como ser-en-el-mundo. Utopismo como *In-der-Welt-sein*, parafraseando a Heidegger y regresando a Echeverría.

Oniromantes y onironautas somos, aunque los corifeos biempensantes del Doctor Pangloss nos acusen de soñar insensatamente monstruosidades peligrosas.

Consejo editorial de *Corsario Rojo*

Domingo 29 de junio de 2025